

acaramelados como el ambar; verdosos y glaucos, como las olas del mar; rojos como sangre; azules como el firmamento, y negros como el invierno. No podía figurarme los deseos, tentaciones y suspiros arrancados del corazón de las hijas de Eva, que conservan siempre el apetito del salvaje por lo que brilla y reluce, cuando al pararse ante el escaparate de un joyero ven campear sobre gracioso estuche en que artísticamente se arruga el raso ó el terciopelo, un hilo de resplandecientes gotas de rocío, ó lágrimas de ángeles, que tales parecen á la viva luz del gas los diamantinos collares, tallados en su más bella forma, la de brillantes, y despidiendo por cada una de sus facetas irisado río de chispas.

Y, por último, no se me alcanzaba que el origen de la soberbia piedra se hallase aún encubierto en tinieblas profundas, así para los ignorantes como para los sabios; que éstos le atribuyesen tan pronto procedencia vegetal como procedencia ígnea, ya naturaleza mineral, ya orgánica, y lo mismo la juzgasen elaborada en las entrañas de la tierra por ignotas combinaciones y acciones químicas de fuerza extraordinaria, que caída en aerolitos procedentes de remotos planetas y apartados mundos.

Todo lo cual averigüé después, porque hubo ya de espolearme la curiosidad y pincharme el deseo de saber algo de la rara piedra que tal influencia ejerció sobre mi oscuro y estudiantil destino. En

aquel punto, mis antecedentes se reducían á las embozadas promesas de Onarro, á las enfáticas frases de Pastora cuando me enseñó las preseas de la imagen. Quebrábame la cabeza sin poder dar respuesta á esta pregunta: ¿Por qué valdrá tanto esa piedra? ¿Qué busilis tendrá? Y después recordaba haber visto en el dedo anular del señorito de la Formoseda un grueso y limpio brillante montado en gótica y monumental sortija de familia, que se parecía bien aun debajo de los justos guantes que el señorito calzaba; y con esto me dí á pensar en mi interior en el gustazo que debía de ser lucir otro anillo con piedra más grande y más hermosa.

X

—¿Está usted dispuesto?— me preguntó Onarro al recibirme.

Observé que Onarro tenía aquella mañana dos leves rosetas, como de fiebre, en sus mejillas de ordinario pálidas; que sus ojos centelleaban con la luz fosfórica que se advierte á oscuras en los del gato; que todo su cuerpo estaba agitado de temblores instantáneos, que cesaban tan pronto aparecían; que su voz era seca, estridente, más acera da aún que de costumbre.

Yo titubeé un momento antes de contestarle.

—Dispuesto, sí, señor; pero si usted me permitiese una pregunta sola...

—Permito hasta tres. Abrevie usted lo posible.

—Quisiera saber si usted corre realmente el mismo peligro que yo.

—El mismo ó más acaso.

—¿Y quien me lo garantiza?

—Yo. Mi palabra de hombre honrado.

No sé cómo pronunció Onarro esta frase sencillísima, que, aunque apenas mudó tono, ni cambió actitud, obtuvo que viniesen instantáneamente á tierra mis pertinaces sospechas y la suspicacia que yo poseo en grado superlativo, á fuer de buen gallego y montañés. No vacilé más, y dije resuelto:

—Vamos.

Onarro me guió al laboratorio. El sol había salido, y sus rayos, oblicuos aún, entraban burlándose de la neblina por los altos y angostos ventanillos de la abovedada estancia. Sobre la mesa, que ocupaba el centro, divisé un bulto de razonables dimensiones encubierto cuidadosamente bajo un paño blanco, cuyos extremos colgaban á guisa de mantel, llegando casi á barrer el piso. Alzólo el sabio con delicadeza por una punta y pude ver una máquina de figura extraña, que algunos perfiles presentaba de semejanza con una pila ó batería eléctrica; pero era infinitamente más grande, complicada, y ofrecía un laberinto y confusión de sec-

tores, plataformas, condensadores, hilos y cadeni-llas que remataban hundiéndose en agujeros practicados en el suelo.

Después supe que las cadeni-llas iban á dar al sótano, enterrándose hasta más abajo de los cimientos de la casa, á fin de que aumentase por este medio la intensidad de la chispa eléctrica. ¡Oh, si yo fuera perito en estas abstrusas materias de física y mecánica, cómo podría ahora describir en sus mínimos pormenores el peregrino y maravilloso artefacto! El cual revelaba en su forma y disposición ser, no obra común y corriente, y por ende perfeccionada ya, de fábrica, sino combinación laboriosa de muchas y diversas piezas ajustadas por la hábil mano de un paciente inventor. Percibíase allí la especie de irregularidad que distingue al trabajo individual y espontáneo y que tanto se aparta de la nímia igualdad y exactitud que sella los productos de la industria organizada y metódica.

Yo miré á la máquina como se mira á un cañón cargado ó á un fusil que tiene levantado el gatillo. El artillero de aquella terrible batería se puso en movimiento al punto, enroscando aquí, estirando acullá, dando aceite por un lado, ajustando bien una plancha por otro, y todo con maravilloso silencio y diligencia. Yo me estaba suspenso é inmóvil sin brindarle una ayuda que probablemente le sería inútil. Finalmente, tomó no se qué botes y

frascos de ácido y los derramó en unos á manera de recipientes que en la pila se encontraban: bajóse en seguida, destapó un cesto que había á sus pies, tomó de él seis ú ocho medianos trocillos de carbón iguales en todo á los que ardían de noche en su chimenea. Cuanto antes de agitado y trémulo, parecíame ahora Onarro de sereno y tranquilo. Su pecho no se alteró al derramar el líquido en los recipientes, ni al atornillar las delicadas barras de acero. En cuanto á mí me sucedía el fenómeno inverso. Perdía de tal suerte el aplomo en aquella expectativa angustiada, que casi flaqueaban mis piernas y un sudor helado comenzaba á resbalar por mi frente. El reo que ve colocar el tajo, afilar el hacha y extender el serrín á sus pies debe de experimentar sensaciones análogas á las mías.

A todo ello acompañaban violentísimas ganas é impulsos irresistibles de tomar las de Villadiego.

Tal era mi estado, á tiempo que una voz, que me sonó como la trompeta del ángel del tremendo día, dijo:

—Señor López, coja usted ese manubrio.

—Ese... manubrio...—respondí con voz ahogada, como la que formamos entre sueños queriendo gritar y sin poder lograrlo.

—Ese... este. ¿No le ve usted? Ponga usted la mano sobre él. Cuando yo grite *Fiat* lo hará usted girar con toda la rapidez y fuerza posible.

Cogí el manubrio y por instinto cerré los ojos.

—Ahora, mientras el cuerpo ejecuta el movimiento prescrito, eleve usted el alma á Dios—añadió Onarro.—El peligro ha llegado. Sobre todo, no vaya usted á descuidarse en el punto en que yo dé la voz de mando. ¡Atención!

Sentí á Onarro agitarse todavía y aun dar algunos pasos hacia mí. Separábanos, sin embargo, el ancho de la mesa y la balumba y volumen de la máquina.

Sin despegar los párpados y apretando convulsivamente el manubrio, permanecí un espacio de tiempo inapreciable, que así pudieron ser diez minutos como cinco segundos. Percibía yo en aquel silencio y espera, no sólo el latido de las arterias, sino la circulación completa del torrente sanguíneo con presuroso ritmo y desordenado correr.

Vagas sensaciones de color y luz llegaban al través de la oscuridad á mis cerrados ojos. Aunque mis ideas giraban también en tropel, no por eso dejé de encomendarme á Dios de todo corazón y de hacer propósito firme de enmendarme de mis menores pecados y aun de ejercer penitencia si la vida me durase para ello. El laboratorio estaba absolutamente mudo.

—¡Atención!—repitió la voz de Onarro.

Quise santiguarme, pero estaba la mano derecha como adherida al manubrio. Apretábaló cual si tuviese alas y pudiese echar á volar. De pronto una hueca orden hirió mis oídos, pareciéndome no me-

nos estrepitosa que un trueno. Onarro había dicho:

—¡Fiat!

Instantáneamente, sin concurso de la voluntad, por una acción nerviosa, mi brazo se puso en ejercicio, y un sacudimiento raro, intentísimo, profundo, estremeció todo mi sér desde la planta de los pies hasta las últimas celdillas del cerebro. No era dolor, ni golpe; era una sensación semejante á la que debe experimentar el árbol cuando de raíz lo arrancan, descuajan y hienden. Fué como si desatasen las ligaduras de mi individualidad, y cada una de las pequeñas células ó moléculas orgánicas que lo constituyen se disociase de las restantes, yéndose aislada á un punto distinto del espacio. Arrojé un clamor y abrí los espantados ojos, que vieron ó soñaron ver rápidas centellas de fuego corriendo á lo largo de hilos y cadenillas de la máquina. A mi grito contestó otro de Onarro, que encerraba todas las vibraciones del gozo, del júbilo, del triunfo. Incapaz yo de tenerme en pie, fuí vacilando á recostarme en la pared más próxima. La habitación daba vueltas en torno mío, y todas mis fibras retemblaban como las cuerdas de un violín después de que las acaricia y oprime el arco. Ví que Onarro se llegó á mí, oí que me dirigía palabras alentándome, que trajo un frasquito del estante, que lo destapó, que vertió unas gotas en la palma de sus manos, frotando después con ellas mis sienes, y que, como un filtro, obró inmediatamente

la fricción; despejóse mi cabeza, me serené todo y con curiosidad vehementísima miré á Onarro, y con delicia inefable me sentí, palpé y hallé vivo, sano y bueno.

—¿Qué tal? ¡No se ha muerto usted, hombre! —exclamaba Onarro con burlona y enajenada voz.—Pertenece usted todavía al mundo: el susto ha sido regular, ¿eh? Es una desgracia poseer hasta ese grado la receptividad nerviosa.

—¡Ay Sr. D. Félix! —contesté.— ¡Gracias á Dios, y á María Santísima! ¡Jesús, y qué cosa tan rara! ¡Qué malo me puse! ¡Qué daño me hizo el maldito manubrio! ¿Y los millones? ¿Hemos ganado?

—¡Victoria! —respondió con indefinible acento el sabio, cuyas facciones irradiaban unos resplandores de éxtasis, alzando al cielo las manos juntas.— ¡Victoria! ¡Aquí están los diamantes auténticos, legítimos, soberbios! ¡Como los mejores de Golconda! ¡Como los más limpios y puros del Cabo. ¡Victoria! ¡Se acabaron esas explotaciones sórdidas, ese trabajo cruel aún para las bestias, incúo para seres racionales! ¡Ya el negro no se pasará los días recibiendo el ardor del sol sobre sus desnudos lomos, agobiado el espinazo á tierra, con los pies metidos en agua, para que el avaro traficante engruese con su sudor, vendiendo en los mercados europeos la piedra preciosa hallada por el infeliz lavador de arena! ¡Victoria!

—Sí—pensé yo—el negro descansará, pero en cambio nos descolgarán y batanearán á los blancos las entrañas.

—Impondré—prosiguió Onarro—una contribución voluntaria á la vanidad universal de la mujer opulenta, para socorro de muchos infortunios y cumplimiento de grandes propósitos... Verificaré una pequeña revolución industrial. ¡He triunfado!

—Ah, Sr. D. Félix—insinué yo—daca esos diamantes.

—¡Véalos usted!—exclamó él acercándose á la máquina y poniéndome en la mano unos seis, á mi parecer, toscos y turbios vidrios. Quedéme como Sancho cuando su amo se empeñaba en hacerle admirar por yelmo finísimo la bacía del barbero.

—Pero estos no brillan... estos son muy feos—dije.

—¡Claros y bellos como el éter!—contestó el sabio; y tomando uno y llegándose al ventanillo, apoyó el extremo ó picó saliente de la piedra en el centro de un vidrio, y trazando una línea sin apoyar mucho, ví al cristal partirse conforme corría á lo largo la mano de Onarro, y finalmente, cuando éste la retiró y con el dedo tocó ligeramente la fisura, caer en dos pedazos.

—¡Diamantes!—continuó Onarro.—¡Diamantes reales y efectivos, no míseros cristalillos octaédricos, visibles sólo al microscopio, como los que después de tantos meses de volatilización y lentas

acciones químicas se jactaron Despretz y Dumas de haber obtenido! ¡Diamantes que pueden recibir talla, fulgentes, hermosísimos!

Miraba yo los trocitos que habían quedado en mi poder, y no me parecían tan lindos, ni la mitad de lo que el sabio decía; mas con todo, no acertaba á considerarlos sin cierto respeto, ni cerraba la mano, no fuera que se pulverizasen ó deshiciesen como merengue. En esto un rayo de sol, vivo y dorado ya, cruzó el ventanillo, hiriendo de soslayo en las piedras, y arrancádoles el centelleo multicolor y luminoso que sólo al diamante pertenece. A ser yo muy inteligente en pedrería, esta prueba me convenciera; y aún con no serlo, el rico destello me alegró el corazón.

—¿De suerte—pregunté á Onarro—que esto vale muchísimo dinero?

—Tiene usted ahí un capitalito—repuso el sabio.—Nada más que un capitalito, porque de esta vez, el tamaño del producto obtenido no ha pasado de ciertos límites, por causas y dificultades que fuera ocioso explicar á usted y que desaparecerán, así lo espero, en un nuevo y decisivo experimento.

—¿De manera, dije yo medio desencantado—que esto no representa millones?

—Tanto como millones, no por cierto.

—¿Y si fueran mayores?

—¡Oh! la diferencia de tamaño, por pequeña que

sea, acrece el valor de los diamantes de un modo fabuloso.

—¡Oiga! ¿y no podía usted entonces haberlos fabricado más gordos?

Onarro se sonrió, fijó en mí sus ojos que expresaban ironía agudísima, y pronunció sin enfadarse:

—Descuide usted amiguito: tenga paciencia, aguarde algo, y echará usted la pata en asunto de piedras ricas al rajá de Borneo, al gran Mogol, y al Hijo del Cielo.

—Pues manos á la obra ya, Sr. D. Félix. El susto pasarlo de una vez. Otra vueltecita al manubrio, y construyamos un diamante del volumen siquiera de un regular queso de bola.

Onarro tornó á mirarme, encogiéndose de hombros. Tomó las piedras todas y las contó; separó dos, guardándolas, y entregóme las cuatro restantes. Yo estaba algo mohino. Sí, mohino, ríase quien se ría. Se me figuraba que de aquellos cristalejos á la soñada, fantástica y prodigiosa fortuna que el sabio me ofreciera, había un camino infinito. Quedeme, pues, como aquel que tiene algo que decir, y no se atreve.

—Ea, ¿qué aguarda usted?—exclamó Onarro.—Aquí no puede usted vender esas piedras: excitaría usted sospechas y comentarios sin fin: pero váyase usted á Madrid ó á París. Ningún joyero allí se negará á tomarlas. Esté usted aquí antes de dos

meses, porque calculo que para entonces repetirémos el experimento.

—Es que... Sr. D. Félix... la verdad, usted me dispensará... pero yo creo que esto no era lo tratado.

—¿Eh? ¿Qué dice usted?

—¡No señor, que esto no era lo convenido!—afirmé envalentonándome con mis propias palabras.—Yo creí, y usted me dijo, que exponiéndome á lo que me expuse quedaría riquísimo... con más millones que hay en el mundo entero... y, por lo visto, esto es una friolera, así para abrir el apetito... y además no puedo negociar aquí, ni... Yo pensé que pasado el mal paso, me encontraría nadando en oro.

—¡Vóto á tal!—gritó Onarro dando muestras de enojo violentísimo—que es usted el mayor necio y codicioso que hace muchos años he tenido el disgusto de tratar! Diciendo estoy á usted que esas piedras valen lo que jamás soñó usted en tener en su vida de estudiante; añadiéndole, que en breve plazo podrá usted poseerlas de tal magnitud, que una sola baste á saciar sus más extravagantes caprichos y apagar su hidrópica sed de oro; ¡y aún se me viene usted con esas quejas! Alma de almierez, ¿no tendrá usted creederas sino para las brujerías y supersticiosas sandeces que le encajaron de chico en la cabeza? ¿Dudará usted de mi palabra? ¡Cuánto ruido mueven los pequeños por las

pequeñeces! ¿Qué importa al mundo, después de todo, que usted sea ó no millonario?

—Pero lo que es á mí me importa, y mucho, serlo: ¡pues no faltaría más! ¿Por qué sufrí yo si no ese revolcón eléctrico?

—Pues usted será archimillonario, y ahora déjeme, que á fe que está usted enturbiando con su presencia este hermoso y claro día de mi vida terrenal. ¡Váyase usted con Dios, hombre; hágame usted ese favor!

Decía esto Onarro con tono de verdadera y afectuosa súplica.

—Pero, Sr. D. Félix—contesté yo—¿qué hago con estas chinias?

—¡A París, á Londres, al infierno á venderlas!

—A Montevideo, al Polo Norte... justo. ¿Y quién me paga el asiento?

El sabio se quedó parado, como aquel que ve surgir ante sí una repentina, inesperada y gravísima dificultad.

—Como usted sabe demasiado, no tengo un cuarto—añadí.

Onarro meditó breves instantes, y después salió rápidamente, volviendo á poco con un portamonedas de gamuza, que me pareció leve y vano como canuto de caña.

—Tome usted—me dijo.—Es cuanto poseo hoy.

No quiero denigrarme ni disculparme tampoco. Vacilé; pero al fin cojí el donativo, balbuciendo

una frase de gracias. El sabio me empujó hacia la puerta, y al llegar al dintel, poniendo un dedo sobre sus labios me advirtió con mirada significativa:

—Sobre todo, mucho silencio. Lo ha jurado usted solemnemente.

A la verdad mi conducta no brillaba por el desinterés. Lo conozco; pero si no me producía una blanca, ¿de qué me servía el riesgo corrido y la cooperación en el gran descubrimiento, que sin mí y mi esfuerzo heróico no hubiera llegado jamás al debido término y felice cima? Y decía yo para mi sayo: he aquí que me llevo en cuatro pedruscos un tesoro, que no me sirve para maldita de Dios la cosa; un caudal que no puedo aprovechar hasta que dé con mi cuerpo en Flandes, ó qué se yo en donde; he aquí que guardo en la faltriquera de mi chaleco un capital, y que, sin embargo, mi haber se reduce á lo que contenga este vaporoso bolsillejo, ¡más aéreo y tamizado que el cuerpo de un cesante! ¡Válanos Dios, y qué caprichosa que es la suerte!

Así pensado apreté el resorte del portamonedas de Onarro, y ví en su fondo nada menos de una peseta, por más señas columnaria, y obra de seis piezas de á dos cuartos, roñosas y veteadas de verdín, cuya vista me produjo el efecto que cualquiera podrá figurarse, y fué tal el chasco, que con irritada mano me disponía á arrojar el ridículo te-

soro á las losas de la calle, á tiempo que noté que el monedero tenía un segundo cuerpo interior, que yo no abriera. Hícelo y divisé en él un papel enrollado y amarillento, gastado por los cantos y esquinas, que desenvuelto pareció ser un billete de 4.000 reales del Banco de España.

De cuatro mil reales á la fortuna de perulero que yo me prometía, distancia va: y con todo eso me aligeró el corazón y confortó el espíritu aquella cantidad, no poseída en mis días de mayor opulencia y racha más afortunada. Hubiera yo preferido atesorarla en centenes de oro, amarillitos y sonantes, mejor que en aquel viejo retazo de papel. No obstante, guardélo con religioso respeto en el bolsillo del izquierdo lado.

¡Cosa extraña y natural, sin embargo! Desde que me hallé propietario de tanto dinero junto, empezó á turbarme doble desasosiego: el ansia febril de gozar las primicias de la posesión y el temor de la pérdida. Ante todas las tiendas me paraba: se me iban los ojos tras de cuantos objetos veía expuestos, no porque los necesitase, sino por el gustazo de adquirirlos. Al mismo tiempo, y cual si padeciese palpitations cardiacas, llevaba frecuentemente la mano al lado siniestro, pareciéndome que á cada minuto le saldrían alas al billete, con que volase sin parar hasta la veleta más alta de la torre de la catedral. Al cabo fueron creciendo mis tentaciones, y no pude menos de entrar en un es-

tablecimiento de ropas hechas, ó por mejor decir, vergonzante sastrería, donde compré el gabán más majo y el más currutaco pantalón posible; unido lo cual á una corbata de rabiosos colores y á un sombrero recién salido del horno según estaba de flameante, me hallé con el billete cambiado, cuarenta pesos menos, y el más gentil equipo del mundo, á mi parecer. Añadí á mis compras guantes y un chabacano junquillo que remataba en la cabeza de un galgo de metal, y en tal atavío comencé á pasearme ufano por aquellas calles de Dios.

Nunca mico puesto en balcón, borrego de rifa ó toro con moña de raso y plata obtuvieron ovación tan ruidosa y espontánea cual la que logré yo entre mis compañeros de estudiantería. Quién me paraba en la calle, haciéndome dar más vueltas que un molino para admirarme mejor de pies á cabeza; quién palpaba el paño de mi gabán, para cerciorarse de su bondad, y mi persona, para persuadirse de que era el de siempre, y no contrahecha y fantástica figura; quién me felicitaba irónico, y quién me tragaba con ojazos de envidia. Disfrutado el lucimiento de la calle, aspiré al del hogar; volví á casa, y entré taconeando y llamando á gritos á la criada para que me sirviese la comida luego. Salió ella, y quedóse absorta ante mi nuevo avío; apareció después doña Verónica, y cruzando sus manos flacas, que se transparentaban por la negra rejilla de unos tradicionales mitones, exclamó:

—¡Ay, Jesús... madre mía..., ay, qué diferente viene! ¡Qué ropa tan elegante y tan preciosa! ¿Quién lo conocería así? Si parece el señorito don Víctor fuera el alm... digo, si la cara fuese igual... ¡Sombrero de copa alta... guantes y todo! Pero, ¿y cómo le dió esta manía de ponerse tan lechuguino? ¿Hay dinerito nuevo?

—¡La comida!—contesté yo con dignidad.

—¡Ay qué bastoncito! Deje, deje ver—replicó la curiosísima patrona.—¡Qué monada!

—¡La comida!—repetí perentoriamente.—Y que vaya Dominga al café de Mariano, y que traiga ponche y una botella de Jerez del mejor... y á don Nemesio que le suplico me haga el favor de venir á comer conmigo.

—Bien, sí, señor, se hará todo... Solamente que D. Nemesio come hoy con el señorito D. Víctor; ya se sentaron á la mesa... y el café de Mariano, como está tan lejos, no sé si Dominga podrá ir, porque tiene que hacer el servicio... Pero usted va allá después de comer, ¿verdad? y toma allí el café á su gusto. Diga, diga, ¿le cayó la lotería? ¡Qué risa, señorito Pascual! ¡Qué guapo viene! ¡Cuántas conquistas por esas calles!

En vista de que era imposible lucirme con don Nemesio, como deseaba, resignéme á comer solo con gabán, mas aun no trasegara la segunda cucharada de sopa del plato al estómago, cuando abriéndose la puerta ví aparecer en ella la lastimo-

sa y derrotada figura de Cipriano, que se vino derecho á mí, y apretándome, como el día de los Agros, hasta sofocarme, exclamó dando voces:

—¡Oh, Creso! ¡Oh, Mecenas magnífico! ¡Oh, capitalista sin segundo! A tí me acojo, de tí me amparo, por tí me salvo; perdona mis dudas, mis desconfianzas, mis suspicacias y chanzonetas. Sé tu lucimiento, conozco tus esplendores, no ignoro tus grandezas, tu gabán toco, tus pantalones veo, tu sombrero me deslumbra y me anonadan tus guantes.

—Y mi sopa te hechiza—contesté yo sin poder dejar de reirme al verle asir una cuchara y mudar el sustancioso alimento de la sopera á la boca con gentil desembarazo.

—¡Oh, Anfitrión espléndido!—replicó el estudiante con la boca llena y sin cesar de embaular. Ya sé yo que no pararán aquí tus beneficios. Ya estoy viendo caer sobre mí una lluvia de oro, derramada por un Júpiter más desinteresado y menos bellaco que el de marras. Ea, vengan esos cuantos miles de reales.

—Confórmate con la sopa—repuse yo.—Por hoy no puedo ofrecerte don más opulento. Atrácate de fideos, y date por servido.

—Bromas que prueban tu festivo ingenio. Eres agudo y discreto, como Quevedo de feliz memoria. Pero mi bolsillo arde en impaciencia: y por ende... Diciendo esto hacía ademán de registrarme y

tentaba sutilmente todo lugar en que pudiera guardarse dinero. En el bolsillo del chaleco tenía yo el mermado cambio del billete: los dedos insinuantes y resbaladizos de Cipriano se enhebraban ya por entre la solapa del gabán, buscando el escondrijo, cuando me pareció oportuno enderezarme y desviarle con enérgico movimiento.

—Manos quedas—grité.—¿No basta decir que no tengo?

—¡Mentira!—respondió sin perífrasis Cipriano.—Acabo de notar y percibir el dulce bulto... el áureo sonido...

—Vete noramala, y con mil de á caballo. Tengo dinero; pero no me es posible desprenderme de él. Lo necesito.

—Me lo ofreciste.

—Valiente pérdis estás tú. ¿No te acuerdas ya de Inocencio?

—¿De... Inocencio?

—Sí, de Inocencio. ¿No me has dicho que estaba á dos dedos de ahorcarse por falta de unas pesetas? Pues hijo, antes que tú es él.

—¿Yo te dije eso? Vive Dios, que ya no hacía memoria. Me parece que te engañas, y acaso yo también exageré en más de la mitad. Pero, ¡observa mi estado! Nadie como yo ha menester tus larguezas...

En vez de discutir con tan fastidioso y terco tábano, resolvíme á no comer, y tomando el sombre-

ro, eché á andar camino de la calle. Siguióme el estudiante menudeando lamentaciones y ruegos: mas como yo fuese acercándome ya á la casa en que Inocencio vivía, noté que al revolver de una esquina desapareció Cipriano de súbito. Entonces, confieso que me asaltaron tentaciones de no seguir adelante con la proyectada obra de caridad, que al fin y al cabo iba á consumir lo más granado de mis haberes.

Repito que sin tenerme por enteramente malo, estoy persuadido de que nunca fuí ni seré heróico y sublime. Mis cualidades, como mis defectos, pertenecen, á una esfera vulgar y mediana. No me desagrada favorecer á los necesitados, siempre que para ello no sea preciso imponerme privaciones y sacrificios. No miento sin objeto: pero mentiría con fruición por librarme del cadalso ó del martirio. A despecho de esta condición mía, en aquel momento hubo de vencer el buen propósito, ya porque á mi indolencia moral repugnase la idea de tener que acusarme del suicidio de Inocencio, ya porque hurgase en mi conciencia cierto remordimiento íntimo de las muchas truhanerías, de las pesadas bromas y trampas ligeras hechas tantas veces al pobretón estudiante. Además, yo reconozco en mí un gran prurito de ostentación y vanidad: gústame en extremo presentarme como persona de importancia, y así fué que la idea de desempeñar el papel de Providencia, de aparecer repartiendo oro

y salvando la situación, me sonreía en extremo. Continué, pues, decidido á hacer la dicha del malaventurado jugador.

Causóme una especie de desengaño el no encontrar á Inocencio descabezando menudamente las cerillas de una caja, ni untando de sebo un lazo corredizo, ni aguzando y acicalando bien un fiero puñal. Halléle abatido sí, pero sin arrebatos y muy resuelto á venderse por sustituto en las próximas quintas, á fin de resarcir á sus padres el perjuicio ocasionado: propósito en verdad muy conforme con el fondo de tosca y cerril honradez de su alma. Volvíle ésta al cuerpo con el anuncio del inesperado socorro que le traía. Vile, depuesta su bronca reserva y hurano carácter, arrojarse á mis pies, abrazar mis rodillas y llorar y babear como un chiquillo. Me juró mil veces no volver á tocar á un naipe en los días de su vida, recordando siempre el fatal momento en que Cipriano le desplumó sin misericordia. Cipriano, en efecto, había sido el autor de la fechoría, y quiso sin duda aplacar á su manera los escrúpulos de la conciencia, reparando su fullera estafa á cuenta de mi bolsillo.

XI

Recogíme á mi albergue tan molido y quebrantado á puras emociones, que apenas podía tenerme en pie. Caía la tarde, y una parda y penetrante neblina, comunísima en aquel clima húmedo, se tendía lentamente por las calles. Al penetrar en el portal fementido y negruzco de doña Verónica, tropecé con un bulto humano que soltó una imprecación; estaba el sitio como boca de lobo, pero encendí un fósforo apresuradamente, y pude divisar, á su luz parpadeante y dudosa, á un ganapán con blusa azul de cotonía y gorra de pelo, que en sus fornidos brazos sostenía una sombrerera, un estuche de viaje de cuero de Rusia, y un saco de mano: detrás bajaba la escalera, dando taconazos y tumbos, otro tagarote, cargado con un baul mundo razonable, cuyos dorados clavos relucían sobre las tiras de charrol negro que fileteaban sus costados. Dejé pasar á los dos mozos de cuerda, y subí de prisa hasta mi cuartuco.

No bien encendida á tientas la palmatoria, ví sobre su platillo de latón una carta cerrada con oblea, cuya forma conocí presto, abriéndola con ansia. Era de Pastora. Con los sucesos de la mañana, ca-